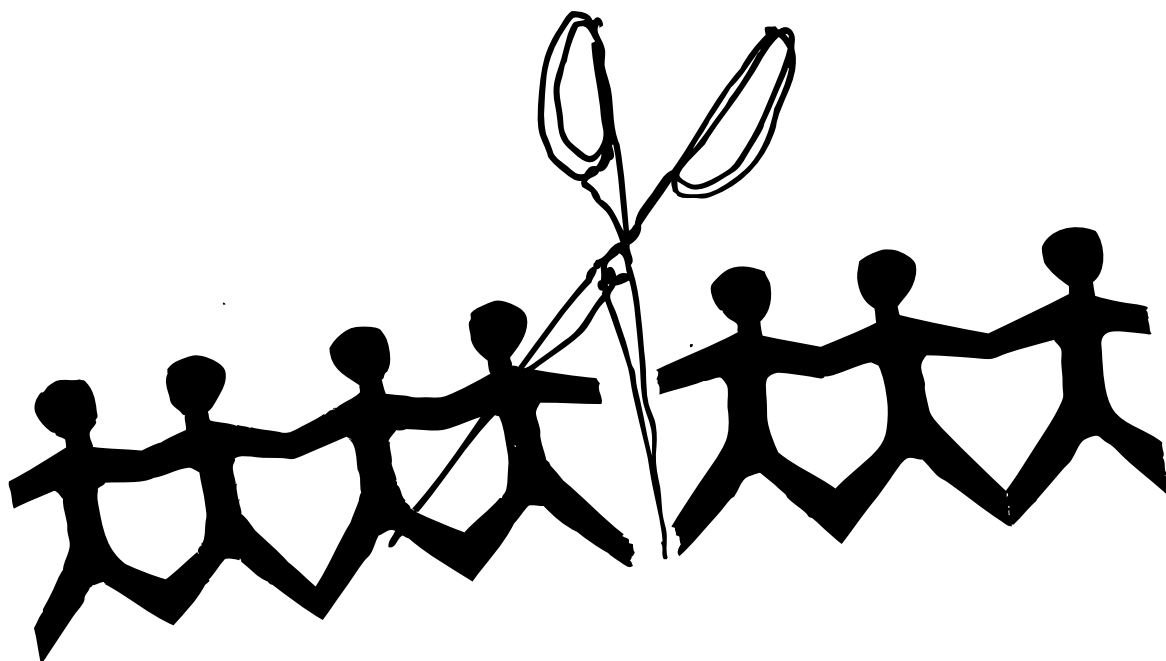


Generación **39-07**

Carlos García Fernández



Nuestra generación ha crecido atestiguando la crisis de México. Esta crisis no sólo ha sido económica sino también política y social.

Si a la de tinte económico nos referimos, ella campeó amplia y agudamente en nuestro país durante el último cuarto del siglo XX, producto de la impericia técnica y la improbidad en el manejo de las finanzas públicas por parte de gobiernos irresponsables por lo que hace a la “administración del hogar” (según el origen etimológico griego de la expresión: “economía”). En consecuencia, millones de mexicanos de carne y hueso han sido injustamente privados de gozar de una plata-

forma equitativa de despegue en la vida desde sus inicios, para que ésta sea digna de ser vivida como corresponde a toda persona humana. Ello trae a mi memoria la frase de Luisa Santiaga, dicha a su hijo Gabriel (García Márquez): “la pobreza se nota en los ojos”.

Asimismo, la crisis ha tenido una vertiente política puesto que, tras la conocida “dictadura perfecta” (así llamada por Mario Vargas Llosa), el país hizo apenas su tímido debut democrático en el año 2000, si nos fuere dable –que no lo es ni mucho menos– hacer alarde reduccionista de la democracia al mero proceso electoral por cuanto a reglas definidas, respetadas escru-

pulosamente por los actores y partidos políticos, administradas por órganos imparciales de Estado y cuyos resultados son aceptados por todos o, en su caso, impugnados por las vías institucionales existentes para los efectos.

Sin embargo, dos notas conviene destacar: la democracia, para que sea solvente, penetrante y permanente, debe construirse desde los cimientos, como todo buen edificio; así, el *munus capere*, el primero en “tomar la carga” del edificio democrático en el Estado ha de ser el municipio, y es obvio que en ese orden de gobierno aún falta mucho por hacer para poder hablar de una vida democrático –ins-

titucional robusta en México, a la altura de la misión que ese espacio político – social exige, por su propia naturaleza.

La segunda nota corresponde al concepto de democracia. Más allá –o más acá– de su definición etimológica o real, quiero invocar la que, vinculada precisamente a la educación, esgrimió el Constituyente de 1916-17 y que se consagra en el artículo 3º, fracción II, inciso a) de nuestra Carta Magna: la educación será democrática, “considerando a la democracia no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo”. ¿Es México, hoy en día, una nación democrática?

Por último, el cauce social de la crisis se hace evidente, entre otros aspectos, por el poco respeto que en lo general la sociedad le confiere a la palabra empeñada, al régimen jurídico entendido como un mínimo moral socialmente exigible, a las reglas de competencia en el mercado, a la transparencia, a la rendición de cuentas....

En suma, y sin haber pretendido sonar fatalista, quiero señalar que, en mi opinión, la estatura moral de una nación se mide por la calidad de vida de que gozan los que, en sociedades estructuralmente injustas como la nuestra, suelen ser los que menos saben, pueden o tienen: los niños, los an-

cianos, los discapacitados, las mujeres y los indígenas.

Crisis significa cambio, ruptura, escisión. Pero, ¿para qué?, visto que cambiar, romper, escindirse, por el solo prurito de hacerlo, no conduce a destino edificante alguno, a menos que el tejido social se articule y vivifique por la confluencia de inteligencias y voluntades libres en vistas del bien común aprovechando, para ello, el cambio en su coyuntura como fuerza motriz, impulsora.

De esta suerte –y dado que una consabida definición de bien común lo perfila como el conjunto de condiciones materiales y espirituales, que permiten y favorecen el desarrollo de toda persona humana en la sociedad– ello no será posible sino en la medida en que la ciencia y la técnica (jurídica, económica, administrativa, física, química, biológica, matemática, entre otras) sean utilizadas con excelencia para la resolución de los problemas económicos, jurídicos, sociales, educativos, científico-tecnológicos e, incluso, de índole internacional, que aquejen a una nación y a sus ciudadanos en un momento o periodo particular de su historia.

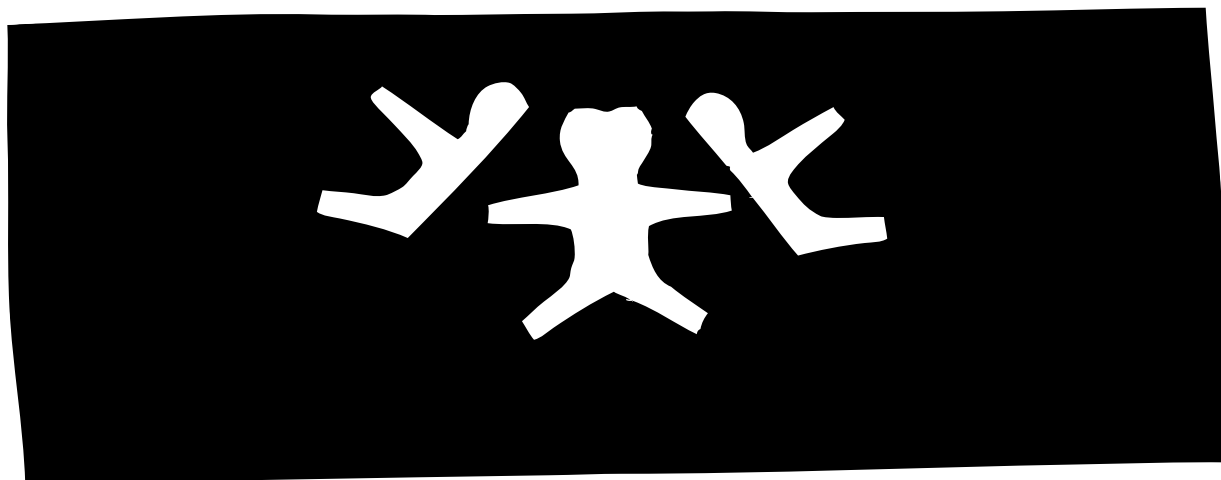
Pero “excelencia” tiene, a propósito del tema que nos ocupa, un par de connotaciones: maestría o dominio de la ciencia y de la técnica así como de su aplicación a la realidad concreta, a la par de implicar sujeción en la concepción e

implementación de aquéllas a principios y valores humanos trascendentes.

En resumidas cuentas, de poco sirve el dominio de la ciencia y de la técnica si el ejecutante de una u otra carece de brújula axiológica. De igual modo, estériles serán los resultados de la buena voluntad o rectitud de intención puesta al servicio de la ignorancia.

Es por ello que principios tales como la dignidad de la persona humana, la solidaridad, la subsidiariedad, el bien común y la justicia social constituyen e integran, en sana y equilibrada armonía, esa brújula que ha de orientar la actuación de todos y cada uno en la vida personal y social.

Toda persona, cada persona y todas las personas humanas merecen, por su propia naturaleza y condición de tales, respeto y promoción irrestrictos en su dignidad. Dado que la persona es un ser social por su propia naturaleza, debemos moralmente apoyarnos unos a otros (solidaridad), reconociendo las asimetrías en el saber, el poder y el tener de unos y otros de tal suerte que ese apoyo solidario se traduzca, vía efecto multiplicador, en la mejora de quien recibe la ayuda (para que ya no requiera más de ella), y se multiplique en la persona de quienes también lo requieran, siempre y cuando todo receptor de la ayuda o subsidio haya hecho su mejor esfuerzo (subsidiari-



dad). Visto que todos vamos en el mismo “barco”, que es México, debemos generalizar los bienes materiales y espirituales vía la “justicia de las justicias” (i.e. la justicia social), para que exista crecientemente igualdad de oportunidades para todos y cada uno.

A la luz de las ideas expresadas en los párrafos precedentes, ¿por qué, para qué referirme e interpelar a la que denomino “*Generación 39-07*”?

Porque, a partir de nuestra posición privilegiada por gozar de casa, vestido y sustento derivados de un empleo digno y de la educación de la que hemos sido beneficiarios, tenemos la grave responsabilidad de pasar de meros testigos a actores de nuestra generación, recordando con Ortega y Gasset la definición de ésta como “el gozne sobre el que gira la historia”.

Porque en 1939, un grupo de idealistas –que no utopistas– decidió unir sus esfuerzos

frente al México que atestiguaba y, guiado por los principios y valores ya enunciados, se determinó a trabajar por construir esa “patria ordenada y generosa” con la que soñaba para todos sus compatriotas, destacándose entre ellos dos en lo particular, cual testimonio encarnado de inspiración: Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna. Así nació el Partido Acción Nacional; así debería vivir siempre, con todo sentido de congruencia, el PAN.

Para que, en el crepúsculo del año 2007 (*carpe diem*), y en una tarea constante y de largo alcance, demos testimonio de labor ardua, honesta y comprometida para la positiva transformación de nuestra Nación mediante la ciencia y la técnica puestas al servicio de principios y valores humanos perennes y trascendentes.

Para que, con sentido de apremio impostergable, asumamos como principal motivo de reflexión y acción de la *Generación 39-07*, el de

coadyuvar en la formación y conformación de cuadros de gobierno en y desde el PAN, por y para México, tanto para nutrir los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de gente valiosa y proba, como para incidir positivamente en las tareas de los tres órdenes de gobierno: federal, estatal y municipal.

Para que, en suma, en la práctica de virtudes ciudadanas que reconcilien en los hechos ética y política, asumamos a nuestro prójimo como lo que es: fin en sí mismo –que no medio– y ocasión de compromiso fraterno, solidario y responsable para la edificación de una patria que, con retos y oportunidades equitativos, abrace e impulse por igual a todos y cada uno de sus hijos e hijas.

Éste es el reto, ésta la invitación que te formulo con entusiasmo y determinación a ti, miembro de la *Generación 39-07*.